

EL COMPORTAMIENTO DE UCD

UNAS veces con cuidado, con esmero, con cautela; otras, con brutalidad o con cólera, los hombres de UCD y el partido como tal siguen soslayando los debates, las discusiones, el examen de los grandes temas nacionales. Peor aún, siguen bloqueando las salidas democráticas a las cuestiones. Cuando puede utilizar los poderes mayoritarios, con las alianzas que convengan en cada momento, lo hace por encima de todo; cuando se encuentra en minoría, como en los Ayuntamientos, da un portazo y se va (como hizo el señor Alvarez en el pleno de Madrid). Se ve cada vez con más frecuencia el uso y el abuso del Decreto-Ley; se impone al Congreso una mecánica oblicua, se hace desaparecer prácticamente al Senado. Hay temas graves, como los de política exterior, que no se debaten jamás. Se viene a alegar que hay razones de secreto en lo que afecta a nuestras relaciones con las potencias extranjeras: en casos parecidos, otros países democráticos producen consultas a puerta cerrada con los dirigentes de la oposición y tienen en cuenta sus juicios. Aquí, a veces, se sorprende incluso a los altos funcionarios: parece más bien que el secreto se conserva para el interior.

LA tendencia de los hombres de UCD está marcándose, cada vez más, a la derecha. Aparece en lo fundamental y en lo accesorio: desde el "plan" económico y el "estatuto del trabajador" hasta los simples cambios de nombres de calles; desde los debates de las relaciones con el Vaticano hasta la cuestión del divorcio. Para ello se emplean toda clase de subterfugios, sobre todo subterfugios verbales. Hay ya un estilo UCD: un estilo de hablar, de ser oblicuos, un vocabulario, una

fraseología. Se trata de desviar las cuestiones, de recubrir las de palabrería.

LA era así en un principio. Se ha ido acentuando, como consecuencia de que las contradicciones sean más notorias a medida que el tiempo pasa. La contradicción básica es la de la ocupación de un puesto de centro y la realización de una política de derecha. Esta contradicción sólo se puede cubrir a base de lenguaje, de muestra, de espectáculo. En un principio, UCD era el único partido posible para liberar el país del franquismo y de sus secuelas. Tuvo un cuidado exquisito en exhibir esa condición de única puerta posible, de único camino que podría ser aceptado. Tampoco hacían falta grandes sutilezas y esmeros para hacer ese guiño a un país más bien asustado y, desde luego, sin ninguna preparación política. La derecha estaba sobrecogida: temía que hubiera llegado la hora de la "segunda vuelta", tenía prisa por los pactos, por ciertas posibilidades de una continuidad discreta. La izquierda no acababa de creerse lo que le estaba pasando: se desentumecía de los cuarenta años; y si la derecha quería ofrecer una sonrisa de media disculpa a cambio de una nómina y de no perder una opinión pública, después de haberlo hecho en las famosas "ventanillas": querían demostrar que no eran "rojos". Eran gente de buen hablar, traje y corbata, muy capaces de distinguir los cubiertos en la comida de un palacio. Naturalmente que lo eran, y lo han sido siempre; sólo que al acentuarlo perdían naturalidad y un poco de esencia. Ser UCD, entonces, resultaba fácil y brillante. No había que ofrecer resultados:



Los hombres de UCD durante su primer Congreso: cada vez más a la derecha.

bastaba con la oferta de no ser Franco. Así ganó su primer par de elecciones, y así capitalizó el primer par de referéndums.

LO que sucede ahora es que hay que mantener ese público electoral que fabricó UCD —convengamos en esto: no fue el electorado el que creó a UCD, sino UCD, con su televisión, sus periódicos, todo el dinero que necesitaba, su ley electoral, sus pactos y el medio de los otros, el que creó el electorado—, pero que el tránsito del tiempo le ha llevado a la derecha. Digamos, en primer lugar, sin cargar demasiado de marxismo esta frase, que les ha llevado el peso de su clase social, en un sentido amplio de la expresión: desde los colegios que frecuentaron y los amigos que tuvieron hasta lo que aprendieron en sus empleos políticos o propios de la "élite" dominante. Todo ello es honestamente convertible en doctrina política, incluso muy aceptable: lo que parece que se propuso UCD —a juzgar por sus actos— fue corregir los errores del franquismo, su tosquedad, sus asperezas. La palabra "reforma", que defendió abiertamente durante tanto tiempo, respondía exactamente a su vocación. Ha ido afirmándose en ello. Incluso reformándose a sí misma, corrigiendo sus posiciones, en un sentido más a la derecha: no ha encontrado demasiado necesaria la inclinación a la izquierda y, en cambio, se sentía más segura con la derecha. La cual ha ido exigiendo cada vez más: se ha apartado de su miedo original y, en cambio, ha recuperado la posición de orgullo, seguridad en sí misma y desprecio que la ha caracterizado siempre en España. Mientras, en el mundo se acentuaba más y más una tendencia al conservadurismo. En toda la Europa occidental, la izquierda está en posición incómoda: no sólo parlamentaria, sino hasta ideológica. Y si en los Estados Unidos Carter pierde vertiginosamente puntos, no es sólo por su ineptitud cada día más manifiesta, sino por el revestimiento de un liberalismo que no cuadra con el predominio conservador.

PERO el problema que tiene España es el de que, mientras se note esa inversión a la derecha en la política, la deterioración de todo el sistema de vida está produciendo un contexto nacional que requiere soluciones, al menos salidas, de mayor audacia; necesita otra dinámica. Cada paso adelante que da UCD cuesta mucho más tiempo que el de su vigencia: cuando se produce, ya está sobrepasado. Y se produce, además, rodeado de reticencias, de rémoras. El mismo ejemplo de lo que está sucediendo con el divorcio es válido para todo; desde las primeras escaramuzas para incluirlo en la Constitución, desde su entrada en el programa electoral de UCD hasta los consecutivos retrasos en los últimos Consejos de Ministros y los recortes al proyecto original hacen que su ámbito vaya a ser muy limitado. Con lo cual tampoco van a conseguir demasiado de la derecha a la que sirven, porque a la derecha lo que le horroriza es simplemente la palabra divorcio, por piccolo que sea.

LA cuestión es que UCD puede difícilmente seguir manteniendo ese juego entre lo que prometió y lo que realiza: hay un electorado que la votó sobre otras premisas, y al que llega también el desencanto. No es un problema actual, porque las elecciones generales están demasiado lejanas; quizá tampoco lo sea entonces porque habrá conseguido un electorado de recambio, un electorado más a la derecha. ¿Dónde irán los que abandonen UCD, decepcionados por su giro a la derecha? Unos cuantos, a la izquierda. Otros, al limbo. A menos que se forme otro partido centrista que sepa ser realmente centrista. ■

PEQUEÑOS DIOSES

Se les vio ya pasar el lunes, camino de la escuela, como una bandada de aves migratorias. Ya habían dado el primer paso: los grandes almacenes, uniformes, carteras, zapatos. Algún primer capricho, envuelto en una primera mentira: "Nos han dicho que tenemos que llevar un plumier como ése...". Daban el segundo paso: el autobús. El colegial ya es caro antes de entrar al colegio: tiene que ir pasando por los intermediarios. ¿Hacia dónde va el escolar? Hay una serie de frases hechas: el futuro es suyo, van hacia el futuro; van a construir el mañana. Van, en realidad, hacia unas aulas demasiado pequeñas, con unos profesores demasiado fatigados, con unos programas de compromiso. Su futuro es el que les damos. Tampoco se lo hemos hecho nosotros; nos lo dieron hecho ya, y se lo transmitimos. No tienen fuerza creadora estas generaciones de adultos, no tenemos imaginación. Creer que ellos van a hacer el futuro es descargarlos de nuestro propio esfuerzo. Un ensayista francés decía: "Si los niños llegaran a ser lo que esperan de ellos quienes les dieron la vida, no habría más que dioses sobre la Tierra". Salen de su casa como pequeños dioses, envueltos en un armiño de ilusiones; vuelven del colegio con un libro de notas en blanco, que será la desesperación de sus nueve meses próximos.

Cada vez que comienza un curso se leen, se repiten las mismas frases: no hay clases suficientes, no hay profesores suficientes. El escalofrío de la carencia recorre desde las guarderías que no existen —para las madres que trabajan— hasta la Universidad, hasta la investigación. Pasan, uno detrás de otro, los ministros por el caserón de la calle de Alcalá, pasan subsecretarios y los directores generales. Franquistas, demócratas o intermedios. Hacen sus planes, preparan sus discursos, tienen siempre a mano las cámaras amigas de la televisión. Van turnándose y la enseñanza se deteriora cada año un poco más. Se tienen que complementar con otros ministros: los que preparan ya cárceles juveniles, los que reducen la edad penal, los que refuerzan los reformatorios, los patronatos de la mujer, los tribunales tutelares. Lo que el Ministerio de Educación no alcanza, lo alcanza el de Justicia. Y las oficinas de emigración, y la venta de cerebros y la compra de patentes.

Todo se le va a cargar a este niño que espera, paciente, con su bocadillo envuelto en papel de aluminio, ignorante de lo que se le viene encima: se le achaca ya el futuro, la responsabilidad de la Historia. Se le dice lo que el país espera de él. Se le exige un comportamiento impecable. Y quizá no pueda ser más que guardia andaluz en el país de los vascos, vasco en el país de los guardias andaluces; quizá empuñe una garrota o una cadena para perseguir a otros jóvenes; quizá no sea nada, absolutamente nada en este mundo. ■

POZUELO